

EL PAPEL AMERINDIO

Miguel Sánchez González

INTRODUCCIÓN

Una de las primeras necesidades del lenguaje ha sido la de escribirlo para perpetuarlo y poderlo transmitir. Para ello se necesitaron útiles de escritura y pintura y un soporte material asequible y duradero.

En el mundo indoamericano, anterior a la llegada de Cristóbal Colón, los soportes y sistemas de escritura y numeración sólo fueron desarrollados por las culturas más avanzadas, la maya, la azteca y la inca.

Como denominador común de estas, hay que señalar un estadio tecnológico propio del neolítico. Eran pueblos agricultores, con útiles de piedra o como mucho de cobre. La ausencia de hierro, rueda y animales de tracción eran otras características importantes. Y junto a ello, una estructuración muy jerarquizada de la vida pública y social, con un dirigente superior que encarnaba el poder absoluto y unas clases sacerdotal y guerrera que gozaban de un elevado rango estamental.

Los signos glíficos y pictográficos desarrollados por los pueblos amerindios necesitaban de soportes laminares para su reproducción gráfica. Por su cometido funcional, estos soportes han sido denominados también como papel. Papel amerindio o precolombino, mas bien protopapel. Se diferenciaban del papel europeo, de origen chino, en que aquí la materia vegetal de procedencia mantenía las fibras unidas a su estructura original, sin ser separadas unas de otras.

EL PAPEL DE LOS MAYAS

Parece que el papel americano más antiguo fue el que desarrollaron los mayas, cultura que predominó sobre todo entre los años 250 y 900 dC (M. León-Portilla, 1986:13).

El papel maya, que podemos denominar protopapel, se hacía de la corteza de algunos árboles, en forma de largas tiras. Estos árboles pertenecían a la familia de las moráceas y, de entre las más de 700 especies de estas, unas 600 corresponden al género *Ficus*, del cual se emplearon para hacer papel algunas variedades como la *Ficus padifolia*, la *Ficus involuta*, la *Ficus petiolaris* y la *Ficus cotinifolia*. Entre estos soportes de papeles de corteza mayas y aztecas, pocas diferencias había. “Los mayas llamaban “huum” al papel y “huh” al libro” (T. Gage, 1987:476) mientras que los aztecas llamaban “amate” al papel. Los quichés de Guatemala, pertenecientes a la unidad cultural maya, denominaban “vuh” o “uúh” al libro, papel o trapo. De ahí que su código fundamental fuese el “Popol Vuh” o “libro de la comunidad” (A. Recinos, 1978:157).

No obstante, hay que señalar que el papel de corteza, a pesar de su importancia, es un soporte perecedero y la escritura maya ha sido más conocida por sus sólidas inscripciones en piedra, como en las estelas y las escalinatas de las pirámides.

Con este papel los mayas hacían libros que contenían figuras y jeroglíficos algunos de los cuales se han conservado hasta nuestros días, como los libros

o códices siguientes: el “Códice de Dresde” (siglo XIII), el “Códice de Madrid” (siglo XIV), el “Códice de París”, o el más nuevo y más importante, el “Chilam Balam de Chumayel” (siglo XVIII).

El Códice de Dresde está pintado en papel de corteza de higuera, cubierto de una fina capa de yeso blanco y doblado en 78 páginas (*National Geographic*, Dic. 1985:46).

La escritura maya se caracteriza por su morfología en bloques glíficos, es decir, por elementos cuadrados o rectangulares que componen las diferentes unidades separadas de cada inscripción. Hoy día se conocen más de 800 elementos glíficos individuales y todavía no han sido descifrados del todo. Esta forma de escritura, invención maya, “fue la más compleja, precisa y versátil en todo el ámbito de Mesoamérica” (M. León-Portilla, 1986:11).

Finalmente, los mayas, tras una larga resistencia a la conquista extranjera, fueron vencidos definitivamente en la tardía fecha del año 1697, cuando cayó el último reducto, el de los itzáes del lago del Petén. La resistencia fue guerrera y cultural y la conquista también. Los mayas tuvieron que prescindir de su antigua escritura jeroglífica, “que era calificada oficialmente de instrumento del diablo”, adoptando el papel europeo y “los caracteres gráficos españoles para reproducir en el papel los sonidos de su lengua” (M. Rivera, 1986:9).

El franciscano Diego de Landa (1524-1579), obispo del Yucatán y cronista-etnógrafo de la civilización maya, fue también un pionero destacado en la extirpación de las costumbres y pautas culturales mayas. Así, el 12 de julio de 1562, protagonizó el “auto de fe de Maní”, en el Yucatán, y ordenó destruir o quemar 5.000 ídolos, 13 piedras de altar, 197 vasijas y, sobre todo, 27 rollos con signos y jeroglíficos mayas. Se defendió en la siguiente forma: “hallámosles gran número de libros de estas sus letras, y porque no tenían cosa en que no hubiese superstición y falsedades del demonio, se los quemamos todos, lo cual sentían a maravilla y les daba pena” (Landa, 1985:148). Y aún así, reconoció que los mayas disponían “de ciertos caracteres o letras con los cuales escribían en sus libros sus cosas antiguas y sus ciencias, y con ellas y figuras y algunas señales en las figuras, entendían sus cosas y las daban a entender y enseñaban”.

El jesuita José de Acosta criticó la destrucción protagonizada por Diego de Landa, tildándola de “celo necio” y añadiendo que el soporte cultural maya consistía en “unos libros de hojas a su modo, encuadernados o plegados”, en los cuales había “la distribución de sus tiempos, y conocimiento de pla-

netas y animales, otras cosas naturales” (Acosta, 1982:399).

Los libros mayas se guardaban en forma de biombo, de forma que “las caras de los libros y de los volúmenes se plegaban una sobre otra y se doblaban como ropa, de los que hoy en día quedan no pocos” (Francisco Hernández, 1986:146).

EL PAPEL DE LOS AZTECAS

Como apuntaba líneas atrás, el papel azteca es herencia cultural del papel maya, lo mismo que la escritura glífica. El papel azteca procedía principalmente de dos géneros de árboles, el ficus y el ágave. Con este papel, los aztecas desarrollaron sus sistemas de impuestos, registros e ideas. Elaboraron libros y forjaron bibliotecas.

• *El amate*

El *amate* o *amatl* es el papel de ficus, obtenido, como los mayas, directamente de los árboles que pertenecen al género *Ficus* (higuera), el cual comprende diversas plantas moráceas.

Alonso de Molina en su *Vocabulario*, escrito en México el 1571, incluía el *amatl* como el papel fabricado de la corteza de un árbol perteneciente a los *Ficus* (F. Hernández, 1986:228). También el historiador actual Miguel León-Portilla (1986:11 y 16) testimonia que el *mate* es un árbol del género de los *Ficus*.

El *amate* se preparaba arrancando tiras de la corteza del árbol que se dejaban remojar hasta desprender el interior de la corteza. Las largas tiras de corteza así conseguidas se cortaban en porciones más cortas y uniformes y, en un proceso similar al de la obtención del papiro egipcio, se colocaban unas encima de otras sobre una tabla lisa donde eran golpeadas con un mazo de piedra, estriado, obteniéndose así grosor y consistencia.

Los códices aztecas prehispánicos o “*amoxtli*” están formados por tiras de pieles, curtidas de venado, como pergaminos, y también por hojas de papel *amate*, plegadas en forma de biombo (León-Portilla, 1986:17 y 18), tratadas superficialmente con cal u otro mineral molido y aglutinado con gomas vegetales, de color blanco, quedando así preparadas las hojas para ser pintadas.

• *El papel de ágave*

Los aztecas no solo tenían el *amate*. Otro papel importante que usaban era el de ágave.

El género *Ágave* comprende unas 50 especies y, entre estas, la pita o maguey (*Agave americana* o

Agave atrovires), conocida también con los nombres de ágave, henequén y metl (o metle). Los cronistas de la conquista de América dan frecuentes explicaciones acerca del origen vegetal del papel azteca y de las especies botánicas de las que procede y en el caso concreto del papel de ágave el nombre de metl es el preferido por los cronistas. Tal es el caso de Gómara, Benavente, Bernal Díaz y Gage.

Del maguey azteca puede decirse que sirve para todo. Según Gómara (1987:487) abundan tanto “como aquí las vidas” pues con él “hacen lumbre, y muy buena ceniza para lejía”. El tronco sirve para madera y las hojas como tejas. De la cepa se extrae un licor que es “como arropé” y que “si lo cuecen algo, es miel; si lo purifican, es azúcar; si lo destemplan, es vinagre, y si le echan la ocpatli, es vino”. De los cogollos y hojas tiernas hacen conserva”. Incluso de las hojas se extraen hilos que “son cáñamo” y se hacen “alpargatas, esteras, mangas de vestir, cinchas, jáquimas, cabestros”. Las púas se utilizaban como agujas de coser. Acosta (1987:268) tampoco era parco en sus alabanzas del maguey al que califica de “árbol de las maravillas” pues “da agua y vino, y aceite y vinagre, y miel, y arropé e hilo, y aguja, y otras cien cosas”. Otro religioso, el franciscano Motolinia (T. de Benavente, 1985:292-293) alababa también el maguey o methl, por las “muchas cosas que de él se hacen, así de comer como de beber, calzar y vestir”.

Los libros aztecas llamados “amoxtli” (León-Portilla, 1986:17), eran códices, lienzos y mapas, con una variedad temática amplia pues recogen información histórica, etnográfica, religiosa, geográfica, astronómica, calendaria, genealógica, tributaria, etc.

Bernal Díaz (1984-I:179 y II:456), otro cronista, recoge el hecho de que con el papel de amatl hacían los aztecas “librillos” o “libros de su papel cosidos a dobleces como a manera de paños de Castilla”. En estos libros registraban “sus señales del tiempo y de cosas pasadas” (1984-II:456) y “tenía destos libros una gran casa dellos” (1984-I:325).

Las bibliotecas aztecas eran llamadas “amoxcalli” o “casas de libros” (León-Portilla, 1985:15) y Bernal Díaz (1984-I:162) dice que los artesanos que hacían los dibujos y pintaban los papeles eran “grandes pintores, que los hay tales en México”.

El papel de amate tenía usos diversos como los libros de rentas para el control fiscal exigido por Moctezuma ordenando que los tributos los “entregaran, con las cuentas, cuando exigían, en jeroglíficos o con chinitas” (F. Hernández, 1986:121). Estos libros tenían que estar “hechos de su papel, que se dice amatl y tenía destos libros una gran casa

dellos” (B. Díaz, 1984-I:325). Al margen de la escritura, el papel de amate también se usaba para otros usos rituales en festividades religiosas y en manifestaciones culturales y bélicas, acompañando a los materiales nobles como las esmeraldas, el copal y las plumas de quetzal (B. Sahagún, 1985:185).

También el amate se usaba para envolver a los difuntos (F. Hernández, 1986:79) y para adornar estatuas de sus diosas en muchas de las fiestas que celebraban (F. Hernández, 1986:174), “con muchos papeles pintados de varios colores vestían sus ídolos”. Otra aplicación fue su uso como mantas, por el calor que proporcionaban (Thomas Cage, 1987:153).

EL PAPEL DE LOS INCAS

• *Los quipos*

Propiamente no existe un papel inca.

Los incas no llegaron a igualar el simbolismo gráfico y expresivo de los mayas y los aztecas. La falta de escritura y letras la suplían “con pinturas como las de México, aunque las del Perú eran muy groseras y toscas, parte o lo más, con quipos” (Acosta, 1982-401-402).

Huaman Poma de Ayala (1987-I:7 y 9) señala que los incas tenían “unas historias sin escriptura, ninguna, no más de por lo quipos (cordeles con nudos)”, los cuales eran cualificados por Cieza de León (1984:220) como de “gentil y galana invención”.

Los quipos, expresión máxima del sistema contable inca, eran una especie de cuerdas con nudos e hilos atados, variando en formas y colores, “ramales grandes de cuerdas anudadas” (Cieza de León, 1985:58), “unos cordeles con mucha variedad de colores y nudos, donde ellos asentaban sus hechos y sucesos” (Murua, 1987:323).

Había quienes mantenían que los quipos sólo permitían guardar datos numéricos, como cuentas e inventarios, mientras que otros, como Acosta (1982:402) y Murua (1987:373) aseguraban que los quipos permitían registrar toda clase de información, como historias, leyes, ceremonias y cuentas.

Según Martín Murua, en la interpretación más amplia de las posibilidades de los quipos, los incas no sólo “contaban las sucesiones de los tiempos” sino todo lo referente al “origen, principio, sucesión, guerras, conquistas, destrucciones, castigos, edificios, gobierno, policía, tratos, vestidos, comidas, autoridad, gastos y riquezas, de los Yngas”.

Los contadores o hacedores de quipos eran los “quipucamayos” quienes guardaban en sus archivos los montones de cordeles anudados. Además de ela-

borar y guardar los quipos, estaban encargados de su interpretación y lectura. En cada provincia y “ayllus” –agrupación familiar y territorial– había contadores de quipos (Cieza de León, 1984:207; 1985:53, 54, 58).

Poco más desarrollaron los incas como aportación material a los sistemas de escritura y numeración. Hay que señalar, aunque no coincida con la naturaleza de este trabajo, que la principal aportación inca para la conservación de su patrimonio cultural lo fue a través de la memoria oral, un sistema arcaico y de poco calado para la lógica occidental.

CONCLUSIONES

La razón principal de este trabajo es la de relativizar nuestros habituales eurocentrismos al creernos, desde la elaboración epistemológica de este discurso de pretendida superioridad europea, a lo largo de los siglos XVI-XVIII, los pueblos de este continente el motor del mundo. Un bien tan imprescindible de nuestra cultura, el papel, nos tuvo que venir del exterior de Europa. Occidente tampoco entendió bien las culturas indoamericanas.

Hay que rendir tributo de admiración a otros pueblos, calificados por sus conquistadores, tanto militares como culturales, con mil epítetos negativos como primitivos, salvajes, bestias y animales, entre otros. Pues bien, esos pueblos amerindios, dentro de las limitaciones propias de su estadio tecnológico, desarrollaron sistemas de escritura y soportes materiales para registrar y conservar sus hechos, dignos de ser tenidos en cuenta, como los papeles de amate y de ágave y los quipos incas, los cuales constituyen el testimonio evidente y original de las costumbres e historia de los mundos mesoamericano y andino.

Este artículo sobre la historia de los papeles amerindios ha querido ser una aportación al necesario relativismo cultural y por ello reconoce una parte de la aportación sustancial que aquellos pueblos indoamericanos hicieron a la cultura general del universo.

BIBLIOGRAFÍA

ACOSTA, José de:

(1987) *Historia natural y moral de las Indias*. Historia 16. Madrid.

BENAVENTE, Toribio de:

(1985) *Historia de los indios de la Nueva España*. Historia 16. Madrid.

CIEZA DE LEÓN, Pedro de:

(1984) *La crónica del Perú*. Historia 16. Madrid.

(1985) *El señorío de los incas*. Historia 16. Madrid.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal:

(1984) *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Historia 16. Madrid.

GAGE, Thomas:

(1987) *Viajes por la Nueva España y Guatemala*. Historia 16. Madrid.

LÓPEZ DE GOMARA, Francisco:

(1987) *La conquista de México*. Historia 16. Madrid.

HERNANDO, Francisco:

(1986) *Antigüedades de la Nueva España*. Historia 16. Madrid.

LAS CASAS, Bartolomé:

(1985) *Obra indigenista*. Alianza Editorial. Madrid.

LEÓN-PORTILLA, Miquel:

(1986) *Cantos y crónicas del México antiguo*. Historia 16. Madrid.

Los códices de México:

(1979) Instituto Nacional de Antropología e Historia. México.

MURUA, Martín de:

(1987) *Historia general del Perú*. Historia 16. Madrid.

National Geographic :

(1975) “Los mayas”. National Geographic Society. Washington, Diciembre.

OVIEDO, Gonzalo Fernández de:

(1959) *Historia general y natural de las Indias*. BAE. 5 vols. Madrid.

POMA DE AYALA, Felipe Guaman:

(1987) *Nueva crónica y buen gobierno*. Historia 16. Madrid.

RECINOS, Adrián:

(1978) *El Popol Vuh*. Educa. Costa Rica.

RIVERA, Miguel:

(1986) *Chilam Balam de Chumayel*. Historia 16. Madrid.

SAHAGÚN, Bernardino:

(1985) *Historia general de las cosas de Nueva España*. Tusquets. Barcelona.

SÁNCHEZ, Miquel:

(1989) “El papel y la escritura indoamericanos. *Investigación y Técnica del Papel*, v. 101, pp. 571-584.

VÁZQUEZ, Germán:

(1988) *La conquista de Tenochtitlán*. Historia 16. Madrid.